

Eduard von Keyserling

OTOÑO EN BERLÍN  
(BEATE Y MAREILE)

Traducción del alemán  
Carlos Fortea

 NOCTURNA  
EDICIONES

Madrid, 2011

Título original alemán: *Beate und Mareile*

© de la traducción: Carlos Fortea, 2011

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.es  
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2011



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut,  
el cual está financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

Primeras correcciones: Fátima Aranzabal  
Segundas correcciones: Juana Salabert  
Composición: FMG

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-938013-5-9  
Depósito Legal: Z-1519-2011

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Desde el cuarto de baño llegaba un chapoteo uniforme. Günther von Tarniff estaba sentado en su bañera roja y amarilla. La tibia ducha relucía al sol de la mañana: cristal líquido. Era tan hermoso y agradable que Günther no podía apartarse de allí. Estuvo sentado largo tiempo, tomando nota de las gratas sensaciones que recorrían su cuerpo... despierto y atento, como solía seguir toda impresión agradable, como si de la suma de todas ellas resultara la dicha.

—¿Se pondrá el señor conde el nuevo traje blanco? —preguntó Peter desde la habitación contigua.

—Sí. ¿No te gusta? —replicó Günther.

—Una nueva moda. Ya veremos —dijo Peter.

Günther tenía que salir. Peter le frotó cuidadosamente con una toalla suave. Günther cuidaba su cuerpo como un brahmán. Lo admiraba y respetaba como a una pizarra en la que la vida tenía que escribir muchos e importantes placeres.

—La señora condesa se levantó para la oración matinal —informó Peter—. Las ancianas señoras del ala antigua practican la oración matinal con las gentes del Antiguo Testamento, como dice Amelie.

—¡Diablos! Nosotros somos del Nuevo Testamento, ¿no? Qué muchacha tan descarada, esa Amelie. ¿Y tú?

—¡Dios, yo! —Peter enarcó las cejas, sobre sus ojillos lituanos—. Hoy estuve presente. Por una vez. Normalmente, Beckmann no va...

—¡Vaya! ¿Conque Beckmann es tu ideal de criado? ¡Dios! ¡Con esa cara de tonto!

Cuando Peter alargó los pantalones a su señor, cambió de tema:

—¡Qué bien se está aquí! La casa, el jardín. ¡Todo lo nuestro!

—Sí —convino Günther, y se detuvo a medio vestir, para dar énfasis a lo que iba a decirle—: Como este traje. Todo suave..., suelto. ¿No? Y el uniforme era rígido... y angosto. Bueno. ¡Cuando se deja el servicio y se viene a Kaltin, uno se quita el uniforme y se pone esto!

Peter estaba admirado.

—¡Con qué aspereza lo dice el señor conde! ¡Vaya cabeza tiene nuestro conde! Pero nuestro servicio tampoco era tan rígido.

—¡Bah, el servicio! La vida, ¿entiendes? El tiempo pasa y hay demasiado poco... demasiadas pocas...

—Mujeres —ayudó Peter.

—Sí, eso también. Eso se ha acabado. Aquí reina la paz.

—Gracias a Dios —zanjó Peter la conversación.

Günther estaba listo, y se plantó delante del espejo. Tenía buen aspecto, podía estar satisfecho: la tonalidad mate del rostro, el pelo negro de su madre italiana, los castaños y brillantes ojos de mujer, con sus largas pestañas, los labios, tan rojos como los de un chiquillo, en los que la juventud ardía todavía como una fiebre.

—Vuelve a hacer un día espléndido —comentó Peter.

«Me ha esperado», pensó Günther cuando entró en la veranda y vio los dos cubiertos sobre la mesa del desayuno. Una confortable emoción se apoderó de él: «Qué agradable. Es como... como... ¡como ponerse ropa limpia después de un viaje!».

Salió al porche y miró más allá de los caminos de guijarros y los arriates. El aire, ardiente, vibraba. El boj brillaba como cuero verde. Detrás del jardín se extendía la pradera, y más allá colinas bajas de las que colgaban los sembrados como tiras geométricas de seda. Abajo, desde el seto de boj, Günther vio a su mujer correr hacia la casa. Sostenía en una mano la cola del vestido blanco y, en la otra, un abigarrado ramo de flores de guisante. Sin aliento, Beate se detuvo delante de Günther y sonrió. Su figura oscilaba ligeramente, como si fuera demasiado flexible.

—Huele —dijo, tendiéndole el ramo—. Huele a vacaciones de verano, ¿verdad?

—Corres como una pilluela —observó Günther.

—Sí, sí —Beate se rió—. Aquí se vuelve a ser joven, porque todo alrededor es tan hermoso y tan viejo, tan viejo como... como las niñeras.

Entraron en la veranda. Günther se estiró en un sillón y dejó que le sirvieran el té.

—Cierto. Se está bien aquí —empezó, arrastrando las palabras—. Tal como es esto, quien no estuviera contento aquí, tendría que estar mal de la cabeza, ¿verdad, Beatita?

Beate alzó los ojos hacia él, unos ojos muy grandes para su estrecho y blanco rostro, límpidos y gris azulados, con un poco de húmedo oro en el fondo. En su mirada había una cálida ironía. Eso inquietó a Günther. Empezó a caminar por la estancia y a hablar con excitación.

—Esto es lo que yo amo; la belleza tranquila, de una realeza prusiana. Esas eternas grandilocuencias me atacan los nervios. Pero tú... tú eres distinta. Sorrento, Lucerna, es lo que te corresponde.

—Sí, Kaltin está bien —dijo Beate.

—Aquí podría uno asentarse —prosiguió Günther—. Este es el definitivo... reposo... El fin.

Beate enarcó las cejas.

—¿A qué estás poniendo fin? Ahora es cuando está empezando nuestra vida.

—Para vosotras, las mujeres —pontificó Günther con voz tonante—, el matrimonio es un principio..., *el* principio. Para los hom-

bres el matrimonio también es un final. Lo anterior se ha acabado..., terminó. ¿Entiendes? Las mujeres de nuestra sociedad no tienen *antes*. Han tenido gobernantas, pero ningún pasado.

—Ese *antes* suena bastante antipático —terció Beate, un poco irritada.

Günther se rió.

—Sí, pero no podéis cambiarlo. Vosotras, las esposas, sois una especie de puerto. Tú, Beatita, eres un puerto hermoso, llano, profundo, bien dragado, se ve incluso el fondo.

Beate miró ante sí, a la manera silenciosa y cerrada que solía adoptar cuando, por así decirlo, no quería asumir algo; cuando algo le repelía. Günther ya estaba hablando de otra cosa.

—¿No deberíamos pasar a ver a nuestras ancianas damas?

—Si tú quieres...

—Dime, ¿siguen allí las cosas tan... lúgubres?

—¿Lúgubres... allí?

—Bueno, para ti, naturalmente, están los cuartos de los niños y eso. Esos cuartos no son lúgubres. Creo que es la tía Seneïde.

—¿La tía? —exclamó Beate—. Pero tía Seneïde es... como la luz de la luna en la sala de los antepasados.

—¡Vaya! ¿Y eso no es inquietante?

—¡Oh, no! —explicó Beate—. ¿Sabes?, cuando la luna brilla en los ventanales de la sala de los antepasados, el suelo se llena de círculos de luz. De niñas, Mareile y yo nos sentábamos en medio de ellos. Tía

Seneïde caminaba por la sala cantando sus canciones religiosas. Era algo muy de Kaltin, y muy de la tía.

—Bueno —dijo Günther—, de niño me daba miedo cuando la gente hablaba de la condesa enferma. Ahora será para mí como la luz de la luna en la sala de los antepasados. ¡Vamos!

## 2

Lantin, la casa solariega de los Tarniff, lindaba con Kaltin, la de los Losnitz. Beate y Günther habían sido vecinos desde niños y eran parientes. Los Tarniff y los Losnitz pertenecían a la antigua nobleza rural, a los «señores tostados por el sol» de los que habla Bismarck: «a los que por la mañana temprano, a las cinco, se ve ir a sus campos o cabalgar». Gentes fuertes, que aman la vida y el trabajo, tratan con rudeza a las mujeres y con devoción a sus esposas, y tienen una fe y unos principios heredados. La rama de Lantin de los Tarniff, sin embargo, había suministrado buenos diplomáticos al Estado durante varias generaciones. La estancia en el extranjero los alejó de su finca rural. Los discípulos de los Grumbkow, Hardenberg, Bismarck alteraron el equilibrio y la limitación un tanto arrogante de los terratenientes; nuevos pensamientos y apetitos complicaron su vida espiritual. Además, en sus cargos diplomáticos, los señores contrajeron matrimonios con extranjeras. La sangre exótica roía los fuertes ner-



vios de la raza brandeburguesa, la enardecía y debilitaba con su herencia de estirpes ajenas.

El conde Botho, el padre de Günther, se había casado con una princesa italiana; una criatura espléndida, tal como Fra Sebastiano gustaba de pintarlas: ojos regios, duros como piedras preciosas, y un rostro pálido con un toque de un dorado verdoso. La hermosa romana no pudo soportar el aire de Alemania ni a los alemanes. Separada de su esposo, vivió con su único hijo, el pequeño Günther, en su patria. Sucumbió, aún joven, a una dolencia torácica. Lantin había visto poco de su imperio. Entonces el conde Botho se fue a Lantin con su hijo, el ataúd de su esposa y la condesa Benigne, su hermana mayor. El féretro fue enterrado en la cripta familiar, Benigne se instaló con el niño en el palacio y el conde Botho volvió a irse.

Allí pasó Günther su infancia. Fue entonces cuando participó en sus primeros juegos con Beate y Mareile, la morena hija del mayoral, entre los alhelís y los macizos de lilas del jardín de Kaltin.

La baronesa von Losnitz, tempranamente viuda, vivía con su única hija en Kaltin. La condesa Seneïde Sallen, su hermana, compartía la casa con ellas. Alguna brutal historia de amor había irrumpido en la tranquila vida de aquella señorita de provincias y la había quebrado mental y espiritualmente. Apacibles ocupaciones, la amable narcosis de la religión, mantenían el equilibrio de su alma enferma.

Entretanto, el palacio de Lantin había vuelto a quedar vacío. La condesa Benigne murió, y Günther fue llevado a la ciudad. Lantin

volvió sin duda a ver a su señor, si bien en sorprendentes circunstancias. El conde Botho llegó con una dama extranjera de negros rizos. La señora Kulmann, castellana y esposa del ayuda de cámara, supo tender un velo de impenetrable oscuridad en torno a la foránea. Los lugareños sacudían la cabeza. Si se encontraban a la pareja, se llevaban la mano a la gorra, pero torcían sarcásticos el gesto. Mankow, el guardabosques y hombre de confianza del conde, contaba por las noches en la posada siniestras historias de la «maldita morena». Sobre el portal del palacio pendía, en piedra policromada, el escudo de los Tarniff; en su adarga campaban, en un campo dorado, tres hojas de tilo color sable, y encima, sobre un yelmo de torneo coronado, entre la cimera de oro abierta, un negro sabueso rampante.

—Las tres hojas en forma de corazón —decían los de Lantin— son los tres corazones de mujer que cada Tarniff rompe.

—Sí, sí —corroboraba Mankow—, y ese perro de arriba es el diablo que se los lleva. Nuestra época se ha traído su propio demonio.

La cosa no terminó bien.

—Nuestra época tampoco está tan podrida —añadía Mankow—. ¡Lo que es demasiado es demasiado! Esa anguila morena ha probado la fusta, la del pomo dorado, ya sabéis.

Un cochero de rostro hermético llevó a la mujer de pelo oscuro una mañana a la estación. El señor se encerró en sus aposentos; luego se fue de viaje, regresó y se enterró en sus libros.

—Es viejo —explicaba Mankow—. Dice que está harto de la vida. ¡Tiene que haber tragado mucho! ¿Qué? Ahora está con sus libros, y eso es lo último.

Un síncope privó al señor del uso de sus pies. Durante horas, Kulmann empujaba su silla de ruedas por las avenidas del parque, y el ancho y pálido semblante del anciano se tambaleaba, malhumorado y rendido, con cada movimiento de la silla. Por fin llegó el final. Una tarde, Kulmann había dejado a su señor solo en el parque para tomar un grog en casa. Puede que se demorase un poco. Cuando, al atardecer, fue a buscar al conde, lo encontró muerto en su silla de ruedas en el crepúsculo del otoño, húmedo por la niebla de la tarde, rociado de hojas otoñales, con el pomo dorado de la fusta firmemente apretado entre los dientes.

Günther evitó el palacio. La señora Kulmann luchaba con el polvo y las polillas y pensaba en tiempos más alegres, cuando era joven y le gustaba al difunto señor.

Günther se convirtió en un brillante oficial de ulanos. Iba por la vida con apasionada ansia de placeres, como si temiera constantemente verse privado de algún disfrute, de una rara dicha. Unos años después, se dijo que tenía que dejar el servicio por motivos de salud. Otros contaron que sus relaciones con una dama de elevada posición habían hecho deseable su alejamiento de Berlín. Fue a Atenas a reunir conocimientos diplomáticos en la legación. Al cabo de unos inviernos, los compañeros de juegos coincidieron en Berlín. La señora

von Losnitz quería presentar a Beate en sociedad. Günther atravesaba entonces la crisis que suele acometer a esos caracteres nerviosos, demasiado ansiosos por beberse la vida, hacia el final de la veintena. Estaba harto. Desde siempre, había visto a la mujer como la que apuraba los placeres más grandes de la vida. Encontrar la mujer adecuada para cada estado de ánimo le parecía el arte más importante; y, repentinamente, estaba tan cansado de las mujeres... «En todo el mundo se encuentra siempre, una y otra vez, la misma actriz bajita de cejas pintadas y ojos de tórtola ansiosos de dinero», afirmaba. «Puedo asegurarte —escribió al pintor Hans Berkow, amigo suyo— que evito a las mujeres como si se tratasen de un organillo que toca una melodía demasiado escuchada. Ya sólo puedo tratar con las silenciosas y frías damas de mármol del museo». Con ese estado de ánimo, Beate tuvo que causar un gran impacto en Günther. Aquella muchacha de estilosa pureza parecía prometerle una dicha que hasta entonces le había estado vedada. «Es la poesía aristocrática en persona», decía, porque amaba los giros adornados. La desapegada sociedad berlinesa nunca había visto un pretendiente más apasionado.

—Bueno —comentaba el príncipe Kornowitz—, ya hemos ensayado con nuestras damas todos los modales posibles: de *jockey*, de artista, decadentes. Tarniff parece querer probar los modales trovadorescos. No son nada cómodos.

Beate aceptó el cortejo de Günther a su bien educada manera. En los palacios de nuestra nobleza rural siguen creciendo, bajo una

refinada y calculada tutela, muchachas como esta, de pureza maravillosamente ingenua. Esperan lo bueno y lo bello de la vida como si fuera obvio, y Beate vio en Günther esa belleza y esa bondad. En invierno se prometieron, en abril se casaron y en julio del año siguiente Günther se fue a Kaltin, decidido a llevar allí una feliz vida familiar conforme a las acreditadas recetas de la antigua nobleza.

### 3

La vieja baronesa von Losnitz tejía unos patuquitos azules en su sillón Voltaire. Hermosos tirabuzones, blancos y brillantes, enmarcaban el rostro rollizo y pálido, de rasgos regulares. Seneïde estaba sentada junto a la ventana, cosiendo. Sus rasgos eran largos y angulosos; los labios casi blancos y los ojos hundidos daban al rostro una expresión entre preocupada y molesta. Dejó el dedal sobre la mesa con un sonoro clac, echó atrás la cabeza y cerró los ojos.

—Beatita —empezó— hoy vuelve a ser la de siempre. Ayer había algo extraño en su rostro, algo..., no sé.

La baronesa miró a su hermana por encima de las gafas.

—Oye, Seneïdina, te gusta poner las cosas muy misteriosas. Eso no es nada para una joven pareja. Una no anda removiendo la leche en las cacerolas, espera tranquilamente a que se forme la nata. Así que...

Seneïde volvió a inclinarse en silencio sobre su labor.

Entonces llegaron Günther y Beate. Enseguida, Günther empezó a hechizar a las viejas damas. Nada en la vida le incomodaba más que no gustar. Mientras se arreglaba, se esforzaba por agradar a Peter y, cuando viajaba, al revisor.

—Oh, mamá, estás radiante, guapa y veraniega. Y usted, tía..., he estado oyéndola tocar el armonio desde la cama. Y he dormido como un bendito, se lo juro. Dios, aquí se tiene que estar muy bien.

Luego hablaron de Mareile Ziepe, la hija del mayoral.

—Oh, nuestra Mareile —exclamó Günther—. ¡Es grandiosa! No es sólo una famosa cantante; es la belleza más celebrada en sociedad... en sociedad, digo.

La baronesa se rió.

—¡Mi Mareile! Siempre tuvo una mano firme. Cuando una se llama Ziepe y...

—Bueno, Ziepe... —terció Günther—, eso se lo ha quitado. Se llama Cibò, y es mejor así. La princesa Elise no puede vivir sin Mareile. El príncipe Kornowitz la mira con ojos lánguidos.

En ese momento entró por la puerta lateral la señora Ziepe. Quería saludar a los jóvenes señores. Acalorada y confusa, se sentó junto a Beate y habló de sus gemelos. De pronto, su rostro se transfiguró. Se había mencionado a Mareile.

—Todos —se dirigió Günther a la esposa del mayoral— estamos orgullosos de su hija.

—Gracias, señor conde, gracias —la señora Ziepe se ruborizó—. Y yo que tenía tanto miedo al arte... Se dicen tantas cosas... Pero Mareilina tiene carácter, gracias a Dios.

—¿Qué hacemos? —preguntó Günther a su esposa cuando volvieron a sentarse a solas en el gabinete azul de Beate, en las sillitas lacadas de blanco—. Naturalmente, estar juntos —cogió la mano de Beate y besó con cuidado la yema de cada dedo.

—Sí, ¿qué hacemos? —repitió Beate.

Günther reflexionó.

—Deberíamos salir al jardín a oír el rumor del verano, ¿no? En el parque, bajo los tilos, se tiene que estar bien. Escoge un libro. Algo anticuado, muy dulce, ya sabes. ¿Pido las hamacas?

—¡Ah, muy bien! —exclamó Günther cuando ambos estuvieron tendidos en las hamacas, bajo los tilos—. Ahora lee, cariño.

Entre los dos gruesos troncos, Günther veía un fragmento del estanque, con sus islas de llantenes y lentejas de agua. Libélulas, pequeños y brillantes puntos de luz, se mecían en el aire ardiente. Entre los juncos de la orilla se asentaban los cisnes, blancas e inmóviles estampas. Günther alzó la vista hacia la esbelta y clara figura que yacía junto a él sobre la hamaca. Por encima de ella pasaban fugaces las luces y sombras que arrojaban las hojas. «¡Dios —pensó—, nuestras mujeres son tan singulares...! Las rodea un aire fresco y puro.

Las otras también son hermosas, ¡oh, sí!, Mareile, por ejemplo, pero les falta... solemnidad».

Beate se interrumpió y miró a Günther.

—No me estás escuchando. ¿En qué piensas?

—Pienso... pienso en ti y en que es bueno que seas tú la que está en esta hamaca y no otra..., Mareile o una de las otras.

—¿Mareile? ¿Por qué?

—¿Te acuerdas de la visita de los chicos de los Rumpenow? Entonces tú y Mareile aún teníais piernas flacas de chiquilla. Jugamos a policías y ladrones en el jardín. No sé cómo ocurrió, pero Mareile y yo tuvimos que escondernos en el granero. Se estaba fresco allí y había un olor húmedo a vegetación. Habíamos corrido mucho, nuestros corazones latían con fuerza, tap-tap. Mareile llevaba un vestido blanco y los hombros desnudos. Entonces me incliné y besé uno de sus agudos y ardientes hombros de chiquilla. Antes nunca se me había ocurrido.

—¡Oh! ¿De veras? —terció Beate.

—Sí. Ella me asestó un empujón en el pecho y dijo: «Idiota».

—Ya, ¿y?

—Oh, nada. Pensaba en eso. Por lo demás, creo que entonces Mareile estaba enamorada de mí.

—Es posible —observó Beate con arrogancia—. En aquella época, a veces hablaba de enamorarse. A mí me parecía ridículo. Eso de enamorarse era para la doncella Lisette, para Betty Ahlmeyer.



—Sí, sí, claro —exclamó Günther—. Era algo de Kaltin..., genuino. Bueno, lee.

Günther volvió a mirar el techo de hojarasca que los cubría. Un enjambre de mosquitos giraba cual rubio polvo en un rayo de sol. Causaba mareo y somnolencia. Günther se estiró.

—¡Qué hermoso... qué hermoso! —solía analizar cualquier situación de la vida con exactitud, como la suma de satisfacción que le ofrecía; le gustaba poner nota a cada momento. Ahora estaba contento. No había nada de bueno en la vida de soltero. Habitaciones tranquilas y luminosas, buenas gentes, esta mujer (este blanco y alentador enigma, cuyo desciframiento era una ocupación tan apacible), eso era lo que quería ahora.

El año de matrimonio en Berlín no contaba. Lo que enseña el amor de los años de soltería no se podía aplicar a Beate. Había que reeducarse; eso le vuelve a uno torpe. Allí, Beate tenía algo de sorprendida, de pálida y sumisa, como si hubiera experimentado una decepción. Que esa decepción pudiera ser él había sido una posibilidad ofensiva y torturadora para Günther. Berlín no era el trasfondo adecuado para Beate. Aquí estaba mejor. Tendió la mano hacia la otra hamaca.

—¿Has dormido bien? —preguntó Beate.

—Sí —dijo Günther—, y soñado. Un sueño, enteramente blanco, contigo.

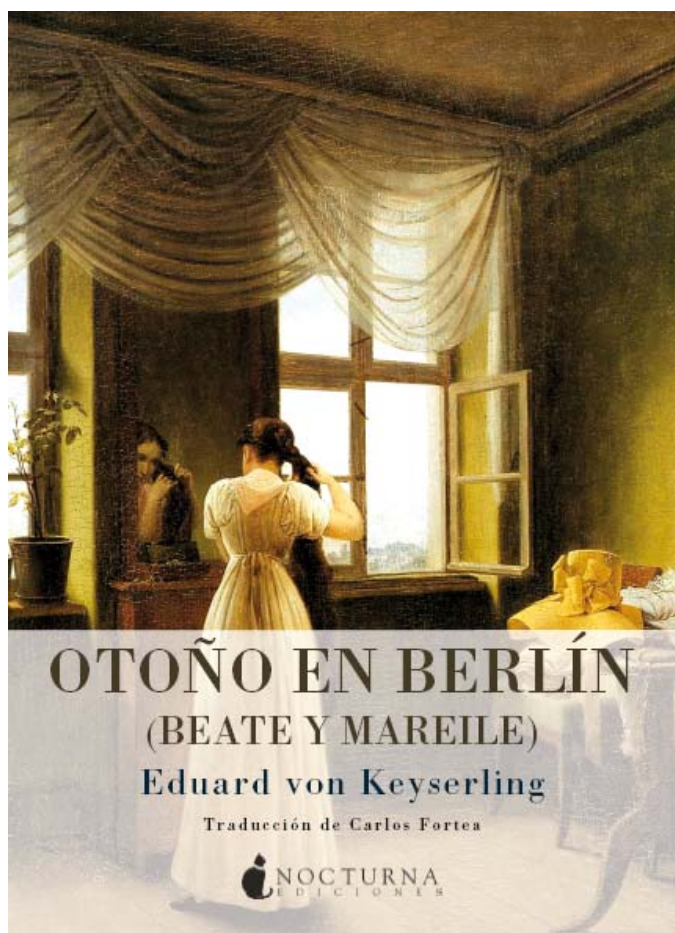
De pronto, la figura negra y dorada de Beckmann apareció en medio del verdor y anunció el desayuno.

# SIGUE LEYENDO

A la venta: 09-05-2011

## Otoño en Berlín

Eduard von Keyserling



**ISBN: 978-84-938013-5-9. PVP: 16 €**



[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Distribución en España: UDL Libros ([www.udllibros.com](http://www.udllibros.com))  
Distribución en Latinoamérica: Panoplia de Libros ([www.panopliadelibros.com](http://www.panopliadelibros.com))